

Posdata

Por: María Jesús Baró Mura

En homenaje a quien un día se paró delante de mí y con cariño me habló.

Continuamente escuchaba las sirenas y el ruido ensordecedor de los autos que bajaban como si fueran un río que competía con el Mapocho. Al mirar hacia el sur las nubes grises presagiaban un día lento y gris y el parque se inundaba de esa atmósfera. En esa rutina eterna, la vida en Santiago se convertía en una rueda continua que te devora, pero de la nunca se sabe cuándo se podrá escapar o transformar.

Así, Carmen miraba absorta y somnolienta la rutina del ir y venir de los autos, ciclistas y personas en un devaneo de sensaciones, percepciones, de obligaciones, de sueños dormidos. ¡Cuántas veces pensó que esa ciudad tan ruidosamente silenciosa era el espacio que le había dado oportunidades, sueños, ilusiones y quimeras! Trataba, se aferraba, iba, venía y volvía en su silencio a pensar que su vida estaba afuera; la pregunta era dónde y qué vida era la que aspiraba a vestir.

Por su natural esencia, era contradictoriamente locuaz, llenando los espacios, convirtiéndose en centro de las miradas, de las opiniones sobre ella, de la admiración y de los miedos que generaba. No era joven ni vieja, pero era y nadie le podía quitar esa esencia: la de mujer madura que ha vivido todas las experiencias que la esperaban en cada esquina, en cada espacio.

¿Por qué siempre nadie habla de estas mujeres? ¿Por qué ya se deja de ser mujer por estar en los sesenta o más? Pareciera que en esta etapa de vida se convierten en un recuerdo: en una belleza de antaño, con sueños juveniles que se cortan de repente. Siempre se habla del porvenir de las que están en sus 20 o del éxito o responsabilidades de las que están en sus 30, con todo su vigor. ¿Pero qué de las que están en edad madura? ¿Es que pasan a ser madres o mujeres solteras o divorciadas con un aparente único destino: su fecha de caducidad o de obsolescencia?

Esas mujeres que en los 70 se vestían con minifaldas, pantalones anchos y maquillajes exagerados es de las que nunca se habla. Inclusive cuando se les venden productos para mujeres maduras, los estereotipos de jóvenes de piel lozana que las transforman por segundos en mujeres mayores a quienes venderles el sueño del retroceso de los años, como si fuera posible detener ese tren con solo boleto de ida. Es acaso un crimen envejecer o un recordatorio de dónde se está y qué se debe esperar de ellas; la promesa de juventud en esa piel llena de recuerdos, donde cada surco es el recuerdo de los buenos y de los malos recuerdos, de las risas espontáneas, de los momentos hermosos, de la rutina, de las penas o a veces desolaciones con las que la vida te sorprende.

Aun cuando ya había sido madre y esposa, se preguntaba si la vida que había experimentado, era lo que debía vivir o podía aspirar a más y qué era ese más. En su juventud había amado a ese hombre que la llevó al altar, que la convirtió en novia y madre. Del fruto de ese amor, habían nacidos dos hijos, a los que amó. Luego, el

tiempo dio su veredicto y vino la separación, para una nueva oportunidad con un hombre que la amaba pero que no la dejaba volar.

Aun con este destino, ella se había rebelado y para la época se había convertido en una negociante, en un tiempo en que lo natural era ser esposa y madre. En su corazón había una fuente que la llevaba a querer ser independiente en lo económico y a poder viajar.

Sí. Eso lo había logrado, pero se había enamorado y ahora debía seguir a ese hombre, que la amaba, a su manera en ese estado de ego que la convertía en su objeto, en su posesión de amor y en su esposa. Amarla era proveer de lo que requería, pero en sus reglas y sin transar. La amaba sí, pero la quería con sus reglas: poco o nada de maquillaje, de punta en blanco para él; disponible para sus continuos viajes a la playa. Es verdad que le construyó una casa hermosa, de la que ella era dueña y señora, solo que en la realidad no era realmente dueña de nada.

En esos entresijos, la vida transcurría... se convirtió en abuela que en una habitación contaba los dineros, escribía los libros contables y donde la acompañaba su nieto mayor. En esos momentos, ambos, niño y abuela, cumplían su ritual en la que el pequeño aprendía de ella, sin darse cuenta.

Así Carmen, amando a su familia y esposo, sentía que algo más debía hacer y no sabía cómo ni qué. Hasta que, porque la vida te da chances, fue descubriendo de a

poco que ella no solo era un rol a cumplir, sino que podía ser ella misma y que su esencia estaba intacta. En esa esencia que afloraba, esta mujer sentía, pensaba y decidía por sí misma. Buscaba a sus años poder actuar sin supeditarse a los demás. Ya había dado algunos pasos; se arreglaba y maquillaba; se sentía a gusto con su cuerpo al que estaba redescubriendo y que amaba, porque era su traje en este mundo: los años había llegado para quedarse, pero estaba descubriendo cómo llevarlos y vivirlos. Estaba delineando con más soltura esa nueva mirada de la vida. Los demás habían notado el cambio; veían esa nueva versión de ella con curiosidad y como algo más que ella estaba definiendo.

Hasta que llegó ese aciago día. Sus dolores de cabeza eran compañeros fieles que la habían acompañado en cada momento de su vida. Repentinamente, un dolor agudo, en un microsegundo, la llevó a tener un espasmo y con el espasmo vino la pérdida de conciencia y la posterior confusión y dificultad para articular palabra. El frágil momento la convirtió en presa de su propio cuerpo. Este la había sentenciado e implacablemente la alejó de sus sueños y de sus decisiones.

No obstante, este pronóstico Carmen pudo ser libre como nunca; pudo conectar con esa inconsciencia en la que pareciera que estás atrapada y que ya los demás definen por ti. Para cualquiera es y sería una desgracia; una condena que lleva a tu cuerpo a apagarse poco a poco. Sin embargo, lo que nadie pudo prever es que por fin pudo estar consigo misma y sus recuerdos que iban y venían, mientras en su sopor cotidiano, a veces podía conectarse con los demás.

Quienes la querían la veían apagarse día a día, pero lo que no sabían es que fue en esos tiempos donde conectó con esas emociones apagadas, donde podía estar alternadamente en sus recuerdos de niña o de antaño. Nunca olvidó la matriz de la que nació y huía a refugiarse a los brazos de su madre que estaba en el mismo lugar donde ella estaba convaleciente. A ojos de todos se había ido, pero la verdad ese fue su momento.

Hubo momentos en que conectaba con sus seres queridos y los miraba con amor, agradeciendo por todo y por nada. En su último suspiro tomó las manos de sus hijos y se retiró en paz. Pero ese retiro para ella es solo un paréntesis, porque ya sin ataduras, está presente siempre, viviendo en plenitud en aquel lugar del que todos venimos para aprender en este mundo que parece lineal hasta volver a ese hogar, donde el miedo, las contradicciones, el temor y los dolores no tienen cabida y que es donde todos volveremos en algún momento.

Así sin más se marchó con un fuerte sentido de pertenencia y paz para habitar ese lugar sin tiempo ni límites donde al fin pudo encontrarse a sí misma y donde su luz ilumina imperceptible a quienes la aman y quienes esperan por ella.